

# Dormir tumbado

*Paulette Jonguitud*



OJALÁ ESTE ROSTRO SE pareciese un poco más a mi caligrafía y menos a mis pies. Joseph se mira al espejo. Siente un frío que se extiende como una manta sobre el primer milímetro de su piel: no despega, no penetra, está ahí, helado y diminuto. Sonríe o piensa que sonríe aunque su expresión no cambia, siempre el rostro de tubérculo. Si pudiese sonreír sería el alma de las fiestas, claro que tendrían que invitarme a alguna. Mueve la cabeza buscando un buen ángulo, uno humano al menos. Doctor Treves le ha dicho que lo más terrible de su tragedia es que aún es humano. Un buen ángulo. Algo hay que encontrar y mira su corbata nueva, el cuello blanco de la camisa: eso, este es mi mejor ángulo. Con su mano hermosa se ajusta el nudo de la corbata. Y de nuevo el rostro viene a arruinarlo todo. Para



rostros como el mío mejor tener un agujero. Alisa los pliegues de la piel y se atreve a imaginarlos de goma pero la piel vuelve a caer en bolsas sobre sí misma y él no deja de ser el monstruo que nunca se mira al espejo. Le ha dicho a Doctor Treves que bajo aquellos bultos hay una bailarina de cintura delicada y huesos tibios. Ya veremos, le ha contestado Treves, el día en que te mueras y hagamos de tu cuerpo un muestrario.

A veces Joseph se arrepiente de haber concedido permiso al hospital para conservar sus restos. Quizá deberían enterrarlo intacto. ¿Quién hará la carnicería? ¿Quién hervirá los huesos? Entonces le tocarán, quizá por eso ha dicho que sí, le tocarán el cuerpo con las manos, y tal vez, inerte, ya no le tengan asco.

El espejo está en la tapa del neceser que hace tiempo le regaló Doctor Treves y hasta ahora había estado cubierto con un recorte de periódico, pero esta noche Joseph se mira la cara al espejo. Y la corbata. Tiene miedo y odia tener miedo. Prefiere pasar las noches angustiadas, el miedo es enorme, la angustia cabe muy bien en el pecho, más si éste tiene bolsillos.

Tiene miedo y no es de la piel y sus cortinas, no de los bultos sino de los ojos que son de despedida. Esta noche va a acostarse, va a quitar todas las almohadas de la cama, menos una, va a meterse bajo las mantas y va a hacer lo que los hombres hacen cada noche: dormir tumbado. Ya no quiere dormir con la cabeza

sobre las rodillas. Si pudiera acostarme dormiría como los muertos. Voy a dormir tumbado, dice al espejo, y éste, por supuesto, nada le contesta.

La noche huele a hervor de papas. Y a metal. Será la sangre que flota en el aire, serán las tuberías que de viejas tienen reumas. Piensa en la muchacha que trajeron una noche antes. Dice muchacha por decir algo, pues ya no era más que un bulto. Bajó Joseph a la recepción con el pretexto de buscar papel y pegamento para sus maquetas. Le gusta bajar —arrastrando un pie, descendiendo un peldaño, cayendo el resto— cuando está de guardia la enfermera Rice. La recepción es el centro del hospital y casi nunca está vacía. La enfermera Rice permite a Joseph sentarse tras el alto mostrador, y desde ahí puede ver el cuarto de auscultación donde reina un sofá de tres plazas, tapizado en piel sospechosamente negra y sospechosamente brillante. Sobre ese sofá reciben al enfermo y ahí se define su destino: el anfiteatro, los pabellones, la calle, la morgue. Joseph sabe que ese sofá no siempre fue negro y no siempre fue brillante, y la enfermera Rice le ha dicho con orgullo que en él más de un hombre ha dado su último suspiro y más de un bebé ha gritado su primer llanto. Lo cierto es que más de uno lo ha cagado.

La enfermera Rice llenaba formularios cuando levantó la mirada como un perro que ha olfateado un rastro y de haber tenido orejas móviles las habría levantado.

Por la ventana vieron un grupo de gente que cargaba un cuerpo. La enfermera Rice y el guardia de la entrada abrieron paso al grupo que hacía de ambulancia y cerraron la puerta a los curiosos. Llevaron luego el bulto hasta el sofá y a una orden de la enfermera Rice hicieron espacio para que ella realizara el primer diagnóstico aunque no eran necesarios cuarenta años de experiencia para darse cuenta de que aquella muchacha no iba a levantarse, no con las tripas colgando como bolsa marsupial. Joseph quiso volver a su habitación, a Doctor Treves no le gusta que merodee por el hospital, teme que mate de un susto a algún paciente pero Joseph le dice: soy su mascota, no su prisionero y a veces visita las camas de los enfermos más graves, les dice: te ha llegado la hora y ve cómo se orinan en la cama.

La joven sobre el sofá estaba muerta y no había más que llevarla abajo. Se nos llena de carne el hospital, habrá que hacer cocido. Horas más tarde el bulto que antes fue mujer quedó solo sobre la mesa de autopsia en el anfiteatro, y fue entonces que Joseph quiso hablar con ella, vientre acanalado, quiso preguntarle qué se siente, a dónde llegas, es cierto que se acaban los dolores. ¿Son jóvenes los muertos o envejecen con la ida? Joseph le recorrió los dedos con los suyos y llevó las manos muertas a su pecho, a su cuello, a su cara. Quizá la muchacha o lo que queda de uno cuando lo masacran quiso quejarse. Joseph la forzó a tocarlo, a

fin de cuentas los muertos son de quien los encuentra, de quien los calma.

Mira su nariz en el espejo. No es precisamente una nariz, pero al menos ya no es una trompa. Cuando va con Doctor Treves a las conferencias médicas éste explica cómo alguna vez la bestia tuvo trompa y se la quitaron. Volvió a crecer. Se la quitaron. Entonces Joseph, vestido sólo con calzones, gira lentamente frente al público e imagina que da una función de baile. Miren el tumor en la espalda con forma de garra —pirueta—; miren cómo la mano derecha parece un remo, el pulgar casi ha desaparecido y es inútil —doble pirueta—; podemos ver la mano izquierda, una mano que envidiaría cualquier señorita —genuflexión—; miren la protuberancia que hace que el labio superior se doble sobre sí mismo —gran final—.

Lleva el neceser hasta la cama, quita todas las almohadas, menos una y las deja sobre el sillón. Se recuesta. De inmediato siente sobre el cuello el peso excesivo de la cabeza. Se ahoga y se atreve a imaginar su rostro sin tumores. La imagen viene a él como si lo esperara y al espejo asoma un hombre con el cabello negrísimo peinado hacia un lado con una raya recta como espada. Su frente es amplia, quizá demasiado, aunque no va a ponerse quisquilloso, y entonces repara en las orejas, esas sí, lo siento, son demasiado grandes. Se ahoga. Los ojos no están dentro de una caverna

sino bajo una marquesina de cejas tan tupidas que parecen una sola. Una ceja para dos. La nariz lo hace llorar, una pendiente angosta y perfecta por la que desbarrancarse. Se le forma un charco de saliva que pronto corre por el rostro, el suyo, no el del espejo, pero Joseph no quiere moverse por temor a que el espejo vuelva a mostrarle lo que es, quiere convencerse de que el reflejo tiene que ser el suyo, debe ser el suyo bajo toda aquella carne. Se ahoga. ■■

